

MONOGRAFICO

EL POSMODERNISMO Y LAS POLÍTICAS DE ILUSTRACIÓN

PATTI LATHER (*)

«Lo que realmente está sucediendo es, por tanto, una función de los marcos, que son una especie de ficción.» (Hassan, 1987, p. 118)

Este ensayo lidia con lo que Derrida (1978) llama «lo hasta ahora innombrable que se está proclamando por sí mismo» (p. 293) dentro del contexto de la teoría social. Aunque mi mayor interés reside en los parámetros de la praxis, sobre todo en términos de investigación y pedagogía (1), aquí me centro en temas más generales, relativos a la utilidad de lo que encierra la rúbrica del posmodernismo para todos los que investigamos y enseñamos en nombre de la emancipación. Tras algunos esfuerzos dedicados a «enmarcar» los debates postestructuralistas, actualmente dispersos por las disciplinas, en este ensayo se exponen dos temas en términos de la presente conjunción del feminismo, el neomarxismo y el postestructuralismo en los estudios culturales. Esos temas son: las contradicciones presentes en el trabajo intelectual comprometido con la justicia social, en unos tiempos señalados por la disolución de las aproximaciones fundamentales al saber, y, en segundo lugar, la continua ausencia de una adecuada teoría postestructuralista del sujeto. Hago una introducción a mis observaciones con una breve digresión sobre las políticas de definición y las dificultades de lenguaje que suelen experimentar quienes se adentran por primera vez en el discurso posmoderno. Reconociendo que todo esfuerzo por definir acaba por familiarizar, yo sigo el consejo de Spanos (1987) de ofrecer observaciones encaminadas a una definición, intentando desplazar el deseo de una plena comprensión, para fijar analíticamente ese «algo radicalmente nuevo (que) se ha abierto paso en los ámbitos del pensamiento» (p. 190). Adicionalmente, ante la negación de los teóricos posmodernos de «la posibilidad de distinguir

(*) Universidad de Ohio, Columbus. Estados Unidos.

(1) En *Getting Smart: Empowering Approaches to Research and Pedagogy* (parte de la serie sobre el pensamiento crítico social, de Michael Apple, que se está haciendo para Routledge) estoy explorando los parámetros de la praxis posmoderna en el campo de la investigación y de la enseñanza.

entre pretensiones justificadas y juegos de poder» (Fraser, 1989), soy muy consciente de que no *describo* el posmodernismo tanto como lo *inscribo*, marcándolo con palabras que dejan la huella de mis propias investiduras de privilegio y mis esfuerzos en lo que sigue a continuación.

Generalmente, yo utilizo de manera intercambiable los términos «posmoderno», «postestructural» y «deconstrucción». Hall (1985) agrega el término «teoría del discurso» y la describe así:

«La expresión general «teoría del discurso» hace referencia a una serie de progresos teóricos, afines y recientes, en la lingüística y en la semiótica, y en la teoría psicoanalítica, que siguieron a la «brecha» abierta por la teoría estructuralista en la década de 1970 con la obra de Barthes y Althusser. Algún ejemplo reciente se podría hallar, en Gran Bretaña, en recientes trabajos sobre cinematografía de *Screen*, crítica y teóricamente influidos por Lacan y Foucault, y el deconstructivismo «posderridano». En los Estados Unidos muchas de estas tendencias se incluirían ahora bajo el rótulo de «posmodernismo» (p. 113).

Definiéndose como aquello detrás de lo que llega, el posmodernismo es un momento de transición autoconsciente, «la frontera entre el 'aún no' y el 'ya no más'» (Blumenberg, citado en Jauss, 1988-1989, p. 35).

De difícil acceso, los variados discursos del posmodernismo se dejan a un lado, frecuentemente, como un último ejemplo de teoricismo, de divorcio entre la teoría y la práctica. Esta tendencia va unida a los deseos de quienes escriben sobre estas áreas y quieren «interrumpir» las normas académicas escribiendo desde el interior de otra lógica; una lógica que desplaza las expectativas de linealidad, la clara voz autoritaria y la conclusión. Luce Irigaray, por ejemplo, una de las claves del nuevo feminismo francés (2), escribe: «¿Cómo controlar esas diabluras, esos fantasmas cambiantes del inconsciente, cuando una prolongada historia te ha dicho que busques y desees únicamente la claridad, la percepción clara de ideas (fijas)?» (1985, p. 136). Adicionalmente, Morris (1988) previene contra «las presiones de las viejas llamadas de siempre al sentido común, a la expresión clara, a los hechos tangibles y a la práctica inmediata (...); la tendencia a decir que las cosas son ahora demasiado urgentes para que las personas serias se preocupen por la especulación ociosa, la teorización incontrolada y la prosa lunática» (p. 186). Lo que Morris denomina «el chantaje de la urgencia» describe esta tendencia al insistir en que el postestructuralismo pone en claro su «practicabilidad» aun antes de que empiece a desarrollarse (p. 180). Las cosas son demasiado urgentes para que dejemos de probar «el misterio de las correspondencias entre el discurso y el mundo» y «la fugacidad importuna del objeto» (p. 191), como escribe Morris, señalando la paradójica observación de Lyotard de que el posmodernismo es la narrativa maestra del final de las narrativas maestras.

(2) Los nuevos feminismos franceses (en contraposición al «viejo feminismo francés» de Simone de Beauvoir), aunque varían, son más «biologizados», «esencializados», que otra cosa. Spivac (1987) lo denomina «alto feminismo francés» (p. 141) y «alta teoría francesa del cuerpo femenino» (p. 241). La importancia de ese trabajo está bien defendida en Haraway (1985), pero su valoración del cuerpo femenino está llena de peligros.

Si aquello de lo que aquí estamos tratando constituye un punto de inflexión fundamental del pensamiento social, un giro que hace época marcado por el pensar de otra manera acerca de cómo pensamos (Flax, 1987), el siguiente consejo de Lacan es bien recibido. A todo aquel que comienza a jugar con lo que podría significar todo esto para nuestra intervención en la realidad Lacan advierte: «... el leer no le obliga a uno a comprender. Primero es necesario leer (...), evitando comprender con demasiada rapidez» (citado en Ulmer, 1985, p. 196).

Dentro de la práctica textual posmoderna, «la ficción del sujeto creante da paso a un abierto entrecomillado, un extracto, una acumulación y una repetición de imágenes ya existentes» (Hutcheon, 1988, p. 11). Por ejemplo, «refotografiar» fotografías de otras obras de arte es crear una práctica textual que socava las nociones de originalidad, autenticidad y presencia (Solomon-Godeau, 1988). Este descentramiento del autor, vía *intertextualidad*, es una demostración de cómo está el autor inevitablemente inscrito en los discursos creados por otros. En mis propios escritos la acumulación de citas, extractos y repeticiones constituye también un esfuerzo por ser «multivocero», por enhebrar diversas voces, en contraposición al realce de una única voz «autorizada».

El texto deconstructivo es un punto de interrogación en el que las nociones binarias de «claridad» son desplazadas a medida que la voz parlante utiliza su autoridad para dispersar la autoridad. La voz deconstructiva pregunta, sobre todo, qué roles podría desempeñar un lector, aparte del de estar «convencido» del derecho del autor a servir de «Gran Intérprete» (Dreyfus y Rabinow, 1983) o de «maestro de la verdad y de la justicia» (Foucault, 1977, p. 12). El texto posmoderno es *evocativo* en vez de didáctico; el argumento ampliamente expuesto queda desplazado por lo que Barbara Johnson (1987) llama «una forma mucho más confusa de *bricolage* (*collage* evasivo de yuxtaposiciones) que se mueve hacia atrás y hacia adelante, desde posiciones que permanecen escépticas con respecto al pensamiento de las demás, aunque tal vez no siempre lo suficientemente escépticas» (p. 4). Pastiche, montaje, *bricolage*, *collage* y la conglomeración deliberada de propósitos caracterizan el arte posmoderno y los estilos arquitectónicos; forman una obra cíclica y fragmentaria contra la imposición autoritaria de una dirección de sentido monolítica.

A la vista de semejante articulación de la práctica textual posmoderna, este texto que yo he creado parece más tradicional que otra cosa; no es un punto de partida radical desde la tradición que él cuestiona. Por ejemplo, está claro que no rompe con la profusión de referencias y notas a pie de página en su creación de autoridad textual. No obstante, he prestado atención a lo que Derrida (1978) expresa como «escribir bajo borradura». Para mí, eso significa que «escribir en posmoderno» es usar y cuestionar, siumultáneamente, un discurso para retar a inscribir a los sistemas de significado dominantes de manera que nuestras categorías y nuestros esquemas se configuren como contingentes, parciales y decantándose por una posición. Lucho por encontrar una manera de comunicar esas ideas deconstructivas para interrumpir las relaciones hegemónicas y las nociones recibidas de lo que debe ser y de para qué sirve nuestra labor. Lo que sigue a continuación es un intento de contradecir mi propia auto-

ridad, destacando la presentación del posmodernismo como un marco arbitrario de sus discursos profundamente desquiciados. Concluyo con una disertación sobre las posibles implicaciones del posmodernismo para el pensamiento y la práctica educativos.

MARCO I

«Los imperios que se batan en retirada acaban siendo una cosa muy extraña.»
(David Byrne, *Guardian*, 11-19-86, p. 20)

En su diatriba contra la academia americana contemporánea, Allan Bloom (1987) escribe sorprendido de lo que llama «la nietzschenización de la izquierda». En opinión de Bloom, la deconstrucción es «el último de los estadios predecibles en la supresión de la razón y la negación de la posibilidad de la verdad en nombre de la filosofía» (p. 379). Además, Bloom informa que, pese a las pujantes tendencias americanas, en París el posmodernismo está pasado.

Bloom no es el único que ve el posmodernismo como «el opio de la intelectualidad» (Dowling, 1984, p. 85)(3). Un redactor de *Village Voice* se refiere a él como «la tela de araña poscontracultural de opiniones reconsideradas y racionalizaciones que han dejado a los occidentales tan convenientemente inermes ante su identidad histórica» (Canon, 5-12-87, p. 22). D'Amico (1986) se refiere a los que lo consideran «la coartada para una academia impotente y marginada» (p. 145). Otros, sin embargo, sitúan el cuestionamiento posmoderno de una teoría totalizadora, universalizante, en un mundo postimperialista en el que los «otros» coloniales han aparecido como sujetos por propio derecho (Spivac, 1987; Said, 1988).

Generalmente el posmodernismo es situado dentro del contexto de la pérdida de la confianza y de la seguridad nacional es que acarreó una deflación de las creencias de la Ilustración bajo la presión cumulativa de sucesos históricos tales como la bomba atómica, el holocausto y la guerra de Vietnam (Flax, 1987, p. 622; Marcus y Fisher, 1986, p. 9). Spivac ve su ascenso como una «respuesta al problema de la práctica en el discurso de las ciencias humanas» (1987, p. 284). Merck (1987) piensa que su ascendiente se debe a una fertilización cruzada entre el marxismo althusseriano, la semiótica, el psicoanálisis lacaniano y el feminismo. Por último, Frederic Jameson sostiene que el posmodernismo debe afrontarse como «una situación histórica, más que como algo que uno deplora moralmente o simplemente celebra» (Stephanson, 1987, p. 37). Jameson considera el posmodernismo como un concepto mediador, una nueva lógica cultural basada en unas vidas sentidas como «multiplicidades sincrónicas» y «aturdimiento existencial» (p. 33) en nuestra incapacidad para situarnos y comprender este mundo de hiperespacio multinacional y simulacros baudrillardianos (4).

(3) Dowling utiliza esta frase con relación a la opinión de Sartre sobre el estructuralismo.

(4) *Simulacros*: copias sin originales. Las imágenes de la Virgen María son los simulacros arquetipo. Otro es la simulada prosperidad económica de la era Reagan. Tal vez el simulacro contemporáneo por excelencia sea el feto, tal como lo configura la Nueva Derecha (Kroker, 1983). El argumento «baudrillar-

MARCO 2

Definir el posmodernismo es una empresa contradictoria. En un esfuerzo por *delimitar*, como opuesto a *cerrar*, el tema de la definición, el hablar en plural —posmodernismos— permite, al menos, reconocer la gama de posturas teóricas desarrolladas en y desde la obra de Derrida, Lacan, Kristeva, Althusser y Foucault (Weedon, 1987, p. 19) (5). Todos los posmodernismos proponen que la manera en que hablamos y escribimos refleja las estructuras del poder en nuestra sociedad. Todos comparten el interés por el lenguaje como fuerza productiva, constitutiva, en contraposición a las consideraciones del lenguaje como fuerza reflexiva, representativa de cierta realidad que puede captarse mediante la adecuación conceptual. El «siempre ya» de Derrida denota que aunque el significado nunca está fijado permanente o irreversiblemente, nunca es reducible a un simple determinado, está limitado por los códigos de inteligibilidad disponibles o «sobredeterminado», en lenguaje de Althusser (6).

Puede ser ilustrativo un ejemplo divertido: el último resurgimiento de la minifalda. En un artículo titulado «La mini posmoderna», un redactor de *Village Voice* comenta: «La llamamos posmoderna porque la historia nos ha proporcionado una oportunidad poco usual de considerar el 'mismo' objeto nuevamente, más allá de su objetividad. (...) La minifalda nunca podrá volver a significar exactamente lo mismo que significó (Weinstein, 9-29-87, p. 28).

La cuestión es la pluralidad y la instrumentación del significado. Todo lo que existe existe en «la multiplicidad de contradicciones mutuamente condicionantes» (Coward y Ellis, 1977, p. 20) y en el proceso de transformación. Las prácticas «significantes» producen una posición y una coherencia del sujeto de cara a las contradicciones sociales, «la comprensibilidad, que es lo único que hace tolerable la existencia» (Dowling, 1984, p. 53). Las modificaciones en las esferas política, económica e ideológica rompen la posición en la que el discurso se sostiene; para volver a representarse, el sujeto se genera a sí mismo en relación con un nuevo objeto. Este proceso no es inherentemente retrógrado ni progresista: «Es la renovación de posiciones tras la disolución de su fijeza...» (Coward y Ellis, 1977, p. 156) (7).

diano» (1984) es que hemos pasado de una cultura de representaciones a una cultura de simulacros (véase Kroker y Cook, 1986). Los simulacros cumplen la función de enmascarar la ausencia de finalidades referentes. La definición de simulacros en Baudrillard proviene del *Ecclesiastés*: «El simulacro nunca es lo que esconde la verdad; es la verdad que oculta que no hay verdad. El simulacro es verdad» (Baudrillard, citado por Bogard, 1988).

(5) En realidad, es más apropiado pluralizar los tres discursos críticos que aquí se estudian: feminismos, neomarxismos y postestructuralismos.

(6) Doy gracias por las numerosas discusiones mantenidas con mi anterior colega de la Universidad estatal de Mankato, Dennis Crow, y su comprensión de «el siempre ya» de Derrida, que es en realidad un concepto heideggeriano. Para Heidegger, «el siempre ya» significa la circularidad implícita del lenguaje (Lawson, 1984, p. 72). Para una comparación del uso de «el siempre ya» en Derrida y Heidegger véase Gasche, 1987.

(7) Stuart Hall (1985) da un extensivo ejemplo de este proceso, centrándose autobiográficamente en el término «negro» (*black*).

El conjunto de prácticas sociales y dispositivos institucionales que muestran a «la mujer» como una categoría depende de las condiciones discursivas de posibilidad, disponibles en un determinado tiempo y en un determinado lugar. La primera ola de minifaldas fue prefeminista. El feminismo remodela el significado de la minifalda, ofrece un «espacio discursivo desde el que el individuo puede resistir las posiciones subjetivas dominantes» (Weedon, 1987, p. 111). La mini, como cualquier producto cultural, es un significante flotante que resiste un desplazamiento continuo. No se le puede atribuir un significado fijo; los significados atribuidos al despliegue del yo se forman y negocian por los segmentos que compiten en la sociedad. Para las «lesbianas de la barra de labios» (*Newsweek*, 10-12-87, p. 96) y la Madonna de *wanna be* (*Rolling Stone*, 508, 9-10-87) que, bajo el signo del feminismo, vuelven a apropiarse de lo que sus hermanas mayores rechazaron, la injuria feminista contra la minifalda es un intento de fijar el significado tan inaceptable como la lascivia patriarcal.

«Dar sentido» a las condiciones de nuestra existencia es mucho más complicado que la interacción de ideologías dominantes y subordinadas. Lo «significativo» no son las correspondencias literales, fijas, entre un término cualquiera y una posición señalada, sino la posición dentro de diferentes cadenas significantes. Los significados son situacionales; no existe «la cosa misma antes de que se le haya hecho algo» (Spivac, citando a V. Woolf, 1985, p. 40). La continua reinvencción cultural está ligada a una significación sin límites configurada por las posibilidades contextuales. «El perpetuo deslizamiento del significado», «el escurrimiento sin fin de los significantes» (Hall, 1985, p. 92) aportan la base y los medios para desarrollar una teoría fundamentada en lo ilimitado de la práctica y la lucha.

MARCO 3

Estamos viviendo en «una era de poscondiciones» (Marcus y Fisher, 1986, p. 24) en la que se disuelve un mundo estructurado por nociones referentes de lenguaje. En palabras gráficas de Donna Haraway, «la simultaneidad de las rupturas quiebra las matrices de dominación y abre posibilidades geométricas» (1985, p. 93). Los que quieren apropiarse del postestructuralismo en nombre de unas políticas liberadoras nos animan a utilizar el momento posmoderno de la «creciente incertidumbre, en los círculos intelectuales de Occidente, sobre los campos y métodos adecuados para explicar y/o interpretar la experiencia humana» (Flax, 1987, p. 624), para pensar más acerca de cómo pensamos. El posmodernismo debería explicarse como una concienciación académica en alza, puesto que puede encaminarse hacia una autocomprensión más perfilada de la ambigüedad de nuestra posición como «intelectuales comprometidos» (Rajchman, 1985), preocupados por la utilización de nuestro saber y con fuertes compromisos.

¿Cómo podemos apropiarnos de la causa posmoderna mientras luchamos para plantear la cuestión de la estabilidad y la aparente permanencia de las estructuras económicas y sociales? ¿Cómo podemos canalizar progresivamente las posibilidades contenidas en la pluralidad y la instrumentación del significado? Dadas

las «devastadoras implicaciones de la contextualidad y la indeterminación de la vida humana para la construcción de sistemas abstractos» (Marcus y Fisher, 1986, p. 8), dada nuestra perspicaz consciencia de los límites de nuestros sistemas conceptuales para describir y, más aún, para explicar, ¿cómo vamos a actuar? ¿No tenemos más opciones que la claudicación y el silencio? (Dowling, 1984, p. 107).

HAY QUE DECIR NO AL NIHILISMO: EL DISCURSO POSMODERNO Y LOS PROYECTOS DE EMANCIPACIÓN

«Hemos matado a nuestros dioses —no sé si a pesar de la lucidez— y seguimos siendo criaturas de la voluntad, del deseo, de la esperanza, de la creencia. Y ahora no tenemos nada, nada que no sea parcial, provisional, autocreado, en lo que fundamentar nuestro discurso» (Hassan, 1987, p. 118).

Las teorías posmodernas del lenguaje, de la subjetividad y del poder han atacado en varios frentes el discurso de la emancipación. Más adelante nos ocuparemos de la presunción de un agente humano con plena consciencia, potencialmente, de la distorsión inherente a los esfuerzos para explicar las vidas de los otros y la consiguiente necesidad de las prácticas de autorreflexión (8). Aquí quiero referirme a las contradicciones ínsitas en la obra intelectual posfundacional, comprometida con la justicia social. Me centraré específicamente en el viejo tema de la relatividad, tal como se presenta en el interrogante de Bernstein (1983): ¿El apartarse de las epistemologías fundamentalistas o absolutistas supone abrazar «el espectro del relativismo» como inevitable compañero?

Revisando la recepción del posmodernismo en la academia, tanto los «neoconservadores» como los «progresistas» rechazan el cuestionamiento posmoderno de las «grandes narrativas de legitimación» (Lyotard, 1984). Tanto la «izquierda» como la «derecha» descartan el posmodernismo como una «moda francesa», una ola de *nouveau smart* (Storr, 1987); teoricismo que, abogando por la pérdida de estándares fundamentales, nos impulsa hacia el irracionalismo. Mientras algunos lamentan la pérdida de los estándares clásicos y temen la anarquía y la desintegración cultural (Bloom, 1987), otros ven un deslizamiento hacia el relativismo peligroso para los desposeídos, porque socava los fundamentos de la lucha por la justicia social y alienta el nihilismo y la inactividad (West, 1987; Dews, 1987; Habermas, 1981).

Nancy Hartsock (1987), por ejemplo, aúna la raza, la clase y el sexo en una deconstrucción de los movimientos intelectuales que explica cómo se han enmarcado los temas posmodernos. Intentando luchar a brazo partido con los cambios sociales e históricos ocurridos desde mediados del siglo xx, los teóricos de la post-ilustración han «establecido las reglas de la discusión de una manera inadecuada para aquellos que hemos sido marginados» (p. 200). Para «el depositario de la voz del ego trascendental» (p. 201) pueden ser estrategias útiles la retirada de la instru-

(8) Para un tratamiento más amplio de las implicaciones del posmodernismo en la investigación social véase Lather, 1989a.

mentación y la acción históricas, la carencia de bases fundamentales, el poner en evidencia todo lo que no sea teoría local, contingente, y la insistencia en un yo fragmentado, descentrado. Pero esas estrategias ponen en peligro la apropiación del posmodernismo por parte de los marginados (9).

Las consideraciones de Hartsock encuentran eco en la preocupación de Longino (1988) de que una negación del valor objetivo elimine el fundamento de las reclamaciones feministas. Sandra Harding (1987), feminista y filósofa de la ciencia, da la vuelta a esos temores del relativismo al sostener que debemos «relativizar el propio relativismo»:

«Históricamente, el relativismo aparece como una posibilidad intelectual, y como un «problema», únicamente para los grupos dominantes en el momento en que sus puntos de vista hegemónicos se vieron amenazados. (...) Aquí la peculiaridad está en que el relativismo no es un problema originado, o que se justifique, por las experiencias de las mujeres o por agendas feministas. Es, fundamentalmente, una respuesta sexista que intenta preservar la legitimación de las pretensiones androcéntricas frente a la evidencia contraria» (p. 10).

Caputo (1987) se pregunta: «¿Cuántos de nuestros interrogantes surgen de captusiones fundamentales, de ansiedades cartesianas?» (p. 262). Ver el relativismo como una obsesión cartesiana supone argumentar que es un tema planteado únicamente en el contexto de las epistemologías fundamentales que buscan un punto de partida privilegiado como garantía de certidumbre. Con independencia de la posición política, el concepto de relativismo supone una estructura fundamental, un punto de vista «arquimedesiano», al margen del flujo y el interés humanos. En palabras de Cherryholmes (1988):

«El relativismo es una materia para estructuralistas, porque ellos proponen estructuras que establecen estándares. El relativismo es lo que interesa, si *existe* una estructura fundamental que sea ignorada. (...) Sin embargo, un 'derrideano' argumentaría que lo que importa es la *diferencia*, cuando los significados están dispersos y postergados. Si la dispersión y la postergación están a la orden del día, lo que es relativo en el estructuralismo es diferencia en la deconstrucción. Si hay un fundamento, hay algo relativo a él; pero si no hay fundamento, no hay estructura frente a la cual se puedan juzgar 'objetivamente' otras posturas» (p. 185).

Si el enfoque se sitúa en los procedimientos que nos toman por objetos y nos implican en sistemas de categorías y procedimientos de autoconstrucción, el relati-

(9) La implosión es «una explosión hacia el centro» (Baudrillard, 1984, p. 281), un colapso hacia dentro, una autoconstrucción causada por la «alteridad», la ausencia estructural, la sombra, lo no dicho (e indecible) que se encuentra en todo concepto. El «comunicólogo» neomarxista Larry Grossberg (1988) escribe: «... Baudrillard habla de la supercesión de realidad por la imagen. (...) No se trata, simplemente, de que la realidad no puede dejarnos su significado, o incluso que ya no tenga significado alguno, sino que tiene cualquier significado que nosotros le demos; la realidad desaparece en sus imágenes» (p. 136). Marshall McLuhan (1967) sagazmente lo denominó «el medio es el mensaje». Un ejemplo estelar de este colapso de las distinciones entre un medio de representación y lo «real» lo constituye la reciente política de comunicación de la presidencia norteamericana: «Ya no existe un medio, en el sentido literal; ahora es intangible, difuso y difractado en lo real, y ya no se puede decir que distorsione lo real» (Baudrillard, 1984, p. 273).

vismo deviene un «no concepto». Si el enfoque se centra en cómo las relaciones de poder configuran la legitimación y la producción del saber, el relativismo es un concepto de otro discurso, discurso de fundamentos que propone elementos de evidencia fuera del contexto, cierto punto de referencia neutral, desinteresado y estable. El relativismo constituye la pugna por nuestra subjetividad; somos «activos, pero no soberanos» (*ibíd.*, p. 41). En este descentramiento del sujeto se vuelve problemática la ecuación ilustrada del saber, de la nominación y de la emancipación. El yo se convierte en una «contingencia empírica» (Flaz, 1987, p. 626) producida por formas difusas de poder. El sujeto es constantemente presentado y representado dentro de un contexto de bombardeo con mensajes contradictorios, una «plétora semiótica» (Collins, 1987, p. 25) engendrada por los signos de la producción intensificada de la sociedad de consumo (10).

La «explicación post-estructuralista de la subjetividad» de Johnson (1986-1987) y el rechazo de Grossberg (1987) a la tendencia posmodernista a materializar un sujeto esquizoide, fracturado y fragmentado (p. 39), ilustran la carencia permanente de una adecuada teoría postestructuralista de la subjetividad. Como no somos los autores de las maneras en que entendemos nuestras vidas, como estamos sometidos a regímenes de significado, nos vemos implicados en una autoproducción discursiva en la que intentamos producir cierta continuidad y coherencia. Necesitamos una teoría del sujeto que reconozca esos momentos, una teoría basada en el «despiece en detalle» (p. 118), tan importante en lo que Marcus y Fisher (1986) indican como «la tarea etnográfica» de reconstruir las macroestructuras dominantes «de arriba abajo», desde el problema de la descripción (...) hasta la teoría general que ha perdido contacto con el mundo que pretende explicar» (*ibíd.*).

EL SUJETO DE LAS FICCIONES (11)

En el centro del posmodernismo se sitúa la ficción del sujeto autodeterminante del discurso moderno en lo político, lo legal, lo social y lo estético (12). Ni la teorización feminista ni la neomarxista se han librado de lo que Fay (1987) llama «una metafísica de la intervención humana» (p. 26), «una concepción hinchada de los poderes de la voluntad y de la razón humanas» (p. 9). En tanto que las distintas concepciones del sujeto han obsesionado al marxismo durante largo tiempo y le han obligado a reexaminar su noción del sujeto revolucionario, el esfuerzo para

(10) Un libro notable, *Critique of Cynical Reasons*, de Peter Sloterdijk (1987) —en esencia, un moderno pastiche de *The Dialectic of Enlightenment*— ejemplifica el miedo de los varones blancos a la relatividad y al nihilismo. Merece también la pena por su pasmosa falta de atención al discurso feminista (como observa Huyssan en la introducción) y, por ende, ejemplifica el punto de vista de De Lauretis (1987) en el sentido de que el feminismo y el posmodernismo han actuado sobre un conjunto de problemas comunes, pero las contribuciones feministas han sido frecuentemente marginadas (véase también Morris, 1988).

(11) Coward y Ellis (1977) acuñaron la frase «el sujeto sujeto-ado» (*the subject-ed subject*).

(12) Un hermoso ejemplo de esta complejidad en un individuo lo constituye Pratt (1984). Para una crítica inflamada véase Martin y Mohanty, 1986.

identificar a los sujetos de la actividad crítica ha sido infructuoso (13). La premisa marxista de la indeterminación de la naturaleza humana, sin embargo, ha salvado al marxismo de cierto esencialismo que revela que gran parte del pensamiento feminista está embebido en los mismos presupuestos que critica. El posmodernismo aporta un análisis crítico del discurso de liberación y revolución, de la «autointegridad ideológica de la crítica marxista» (Rajchman, 1985, p. 80) y del esencialismo que obsesiona la teoría feminista contemporánea (Eisenstein, 1983; Harding, 1986; Haraway, 1985).

No podemos evitar el estar inmersos en las categorías de nuestra época, pero la autorreflexión nos enseña que nuestro discurso constituye la significación de nuestro anhelo. La forma de hablar y de escribir dice más sobre nosotros mismos que el «objeto» de nuestras contemplaciones. El «quid» está en descubrir la voluntad de poder en nuestra obra con la misma claridad con la que vemos el deseo de la verdad.

Rajchman (1985) llama a la autorreflexión «el nuevo canon», a medida que vamos entrando en la «cultura de la postilustración», donde se desenmascaran los viejos mitos de la universalidad, el progreso y la autonomía de la ciencia. El posmodernismo demanda una reflexión radical sobre nuestros marcos interpretativos, una reflexión sobre la autorreflexión acerca de las experiencias. El punto central está en cómo nos inscribimos en los discursos dominantes, cómo somos insertados y nos insertamos en la construcción de sistemas hegemónicos de significado (Haug, 1987). Para todos los que actuamos en nombre de la liberación, descubrir la particularidad y la contingencia de nuestro conocimiento y nuestras prácticas es fundamental para cualquier avance fecundo que pudiéramos lograr en cuanto a las maneras de conceptualizar nuestros propósitos y nuestras prácticas.

Un ejemplo de concepto clave que necesita ser deconstruido es el de la falsa consciencia. Problemático a partir de Althusser, el concepto de la falsa consciencia «es un momento de extremada cláusula ideológica» (Hall, 1985, p. 105), que enmarca la materia en términos de verdadera consciencia, de totalidad. Puesto que «no hay experimentación fuera de las categorías de representación o ideología» (*ibid.*), comprender la complicidad de las personas en su propia opresión se convierte en una cuestión de desarrollar una problemática no reductiva que se centre en la relación entre comprensión consciente y las dinámicas inconscientes embebidas en las relaciones sociales y en las formas culturales. Para ello se requiere una teoría postestructuralista de la subjetividad, en la que no se considere la ideología como falsa consciencia, sino como un esfuerzo para dar sentido a un mundo de información contradictoria, contingencia radical y radicales indeterminaciones; «una manera de mantener a raya una aleatoriedad incompatible con la consciencia» (Spivac, 1987, p. 78). Desde esta perspectiva, la ideología se convierte en una estrategia de contención para unos seres que, pese al consejo de David Byrne, no pueden «dejar de decir cosas sensatas».

(13) Para un tratamiento de la búsqueda marxista del sujeto revolucionario véase Lather, 1984.

POSMODERNISMO Y ESTUDIOS DE EDUCACIÓN

En esencia, la problemática del posmodernismo consiste en «hacer con nuestros desórdenes un nuevo saber» (Hassan, 1987, p. 81). Lo que esto significa en el contexto del pensamiento y la práctica educativa fue captado por Johnson (1987), observando que las políticas de «indecibilidad», la inevitable indefinición y la toma de perspectiva inherente al saber «se convierten en una vía de acceso a un completo replanteamiento de la empresa educativa» (p. 44). Ya se ha iniciado cierta labor con respecto a la pedagogía (Naidus, 1987; Brodkey, 1987; Bowers, 1987; McClaren, en imprenta; Giroux, en imprenta; Ellsworth, disponible). La exploración que hace Britzman (1989) de una explicación postestructural de la identidad del profesor aporta temas de subjetividad, lenguaje y poder para influir en la educación del profesorado. Los proyectos de Cherryholmes (1988), Wexler (1987) y Whitson (1988) acentúan el enfoque posmoderno sobre lo que hace que nuestro saber sea a la vez posible y problemático. El libro de Cherryholmes, el primero sobre educación que lleva en el título la palabra «postestructural», es especialmente valioso por su esfuerzo para actuar en un nivel introductorio. Sostiene que «gran parte de la alienación y la extrañeza del postestructuralismo remite cuando se aplica a la vida cotidiana» (p. 142). Cherryholmes presenta la reforma educativa como una invasión estructural detrás de otra. Al hacerlo, deconstruye la taxonomía de Bloom, el análisis de Tyler, el *The Practical 4* de Schwabs, la relación entre libros de texto, pruebas estandarizadas y enseñanza, la investigación empírica y la práctica crítica. El libro de Cherryholmes ejemplifica cómo el postestructuralismo supone un movimiento importante para desenmascarar las políticas de la vida intelectual; un punto destacado en el trabajo abiertamente basado en el valor del discurso neomarxista, feminista y de la minoría, que progresa desde hace bastante tiempo en la educación.

Examinar los discursos en los que estamos atrapados supone aprender a ver no sólo qué es lo que hacemos, sino también qué es lo que estructura lo que hacemos, desvelar el papel que juega en nuestras prácticas el poder ideológico e institucional y reconocer la parcialidad y la indefinición de nuestros esfuerzos. Lo que parecía transparente e incuestionable no lo es, y así lo demuestra la disección de los cánones y del nexo poder-saber cuando ponemos al descubierto las jerarquías «naturales». Y esto significa participar en la radical desestabilización que es el posmodernismo, de modo que tenga profundas repercusiones en la pedagogía y en el currículum.

En un número reciente de *Rolling Stone* Frank Lentricchia plantea la hipótesis de la aparición de un «nuevo tipo de persona que no se va a dar por satisfecha con las cosas generalmente aceptadas» (3-23-89, p. 148). Esa posición del nuevo sujeto para resistir frente a la hegemonía es el núcleo de la apropiación izquierdista de la causa posmoderna. La tarea consiste en suscitar modos de actuación para no

(14) David Byrne, empresario de los rockeros *Talking Heads*, es aludido a veces como artista «posmoderno». *Stop Making Sense* es un álbum y también una película sobre un concierto de rock, bien recibida por la crítica.

quedarse paralizados por la pérdida de unidad y estabilidad cartesianas (Weedon, 1987). Los campos de la pedagogía y del currículum son muy idóneos para tales intervenciones. Como dice Lentricchia, «si los intelectuales tienen que hablar unos con otros de una manera especializada, que hablen. La cuestión sería: ¿Se traduce eso en el aula en cierto nivel? Si es así, las puertas quedan abiertas. Una vez introducido en el aula no graduada, ya se está fuera de la torre de marfil. Ya se está dentro de la cultura» (*Rolling Stone*, 3-23-89, p. 146).

Aunque el positivismo mantiene un hegemonía sobre la práctica, en la investigación educativa hace tiempo que perdió la hegemonía teórica, desbaratada y desplazada por un nuevo discurso hegemónico de cambios de paradigma. Cada vez se articulan más «paradigmas» (15) interpretativos y críticos (Fay, 1987; Bredo y Feinberg, 1982; Carr y Kemmis, 1989; Popkewitz, 1984). La indecisión y la contestación impregnan la discusión sobre el significado de la investigación educativa. Algunos hablan de crisis (Phillips, 1987), otros hablan de una diseminación de la legitimidad y de unos tiempos de apertura para las ciencias humanas (Marcus y Fisher, 1986; Lather, 1989a, 1989b).

En este contexto de fermentación, la investigación educativa cada vez se considera más como algo que no queda fuera del nexo poder-saber, no más afuera que cualquier otra empresa humana (Lincoln y Guba, 1985; Peshkin, 1988; Eisner, 1988). El posmodernismo desestima los conceptos del «saber desinteresado» y las nociones inocentes, referentes, del lenguaje, que continúan plagando los esfuerzos de la investigación educativa, para apartarse del positivismo y librarse de las ataduras del psicologismo en sus teorías y prácticas. Así, la investigación educativa es otro ámbito en el que el posmodernismo exagera la erosión, ya sentida, de los supuestos básicos.

CONCLUSIÓN

En esta exploración de las implicaciones del posmodernismo para nuestras prácticas es necesario tener cuidado al ocultar las narrativas maestras, especialmente las de Marx y Freud, para que no ocupen su lugar, como nuevos discursos magistrales, los de Barthes, Derrida, Baudrillard, Lacan, etc. Flax (1987), por ejemplo, aconseja una «necesaria ambivalencia» por parte del feminismo con respecto al discurso esencialmente masculino del posmodernismo (véase también Kolodny, 1988). Esto mismo es verdad en la tormentosa historia del feminismo y del marxismo (Lather, 1987). Yo no preconizo, en modo alguno, un colapso de todos estos movimientos del pensamiento y de la práctica para hacer una síntesis espúrea. Al crear «un entramado del saber y del no-saber, que es lo que es el saber» (Spivac, 1987, p. 78), espero y deseo que el feminismo, el marxismo y el postestructuralis-

(15) Entrecorrimiento «paradigma» porque parte del argumento deconstructivo consiste en que nos hallamos en una era «posparadigmática». Caputo (1987) hace referencia a «la diáspora posparadigmática» (p. 262). Marcus y Fisher (1986) sostienen que, «seguir oponiendo un paradigma a otro es perder el carácter esencial del momento como un vaciado, con un estilo de discurso totalmente paradigmático» (p. 10).

mo sigan siendo «persistentes interrupciones recíprocas» (*ibíd.*, p. 249). De la manera en que estamos empezando a comprenderlo, tal vez «el turno posmoderno» admita más libremente en nuestro discurso las políticas, los deseos y las creencias, a medida que intentamos resolver las contradicciones entre la teoría y la práctica (Hassan, 1987).

BIBLIOGRAFÍA

- Bakhtin, M. *Problems of Dostoevsky's poetics*. Minneapolis, Universidad de Minnesota, editado y traducido por Caryl Emerson, 1984.
- Baudrillard, J. «The precession of simulacra», en B. Wallis (Ed.), *Art after modernism: Rethinking representation*, Boston, David Godine, 1984, pp. 253-228.
- Beechley, V. y Donald, J. (Eds.) *Subjectivity and social relations: A reader*. Philadelphia, Milton Keynes, Open University Press, 1985.
- Bloom, A. *The closing of the American mind: How higher education has failed democracy and impoverished the souls of today's students*. New York, Simon and Schuster, 1987.
- Bogard, W. «Sociology in the absence of the social: The significance of Baudrillard for contemporary social thought». Trabajo presentado en la *Conferencia Anual de la Pacific Sociological Association*, Las Vegas, Nevada, abril de 1988.
- Bowers, C. A. *Elements of a post-liberal theory of education*. New York, Teacher's College Press, 1987.
- Bredo, E. y Feinberg, W. (Eds.) *Knowledge and values in social and educational research*. Philadelphia, Temple University Press, 1982.
- Britzman, D. «The terrible problem of 'knowing thyself': Toward a poststructural account of teacher identity». Trabajo presentado en el *Ethnography and Educational Research Forum*, Universidad de Pennsylvania, febrero de 1989.
- Brodkey, L. «Postmodern pedagogy for progressive educators: An essay review». *Journal of Education*, 196 (3), 1987, pp. 138-143.
- Caputo, J. D. *Radical hermeneutics: Repetition, deconstruction and the hermeneutic project*. Bloomington, Indiana University Press, 1987.

- Carr, W. y Kemmis, S. *Becoming critical: Education, knowledge and action research*. Londres, The Falmer Press, 1986. (Anteriormente publicado como *Becoming critical: Knowing through action research*. Deakin, Australia, Deakin University Press, 1983.)
- Carson. *The Village Voice*, 12 de mayo de 1987.
- Cherryholmes, C. *Power and criticism: Poststructural investigations in education*. New York, Teacher's College Press, 1988.
- Clifford, J. «On ethnographic authority». *Representations*, 2, 1983, pp. 132-143.
- Collins, J. «Postmodernism and cultural practice: Refining the parameters». *Screen*, 28 (2), 1987, pp. 11-26.
- Coward, R. y Ellis, J. *Language and materialism: Developments in semiology and the theory of the subject*. Londres, Routledge and Kegan Paul, 1977.
- De Lauretis, T. *The technologies of gender: Essays on theory, film, and fiction*. Bloomington, Indiana University Press, 1987.
- Derrida, J. *The ear of the other: Texts and discussions with J. Derrida*. New York, Schocken Books, Christi V. McDonald (Ed.), Peggy Kamuf (Trad.), 1985.
- Dowling, W. C. *Jameson, Althusser, Marx: An introduction to The Political Unconscious*. Ithaca, Cornell University Press, 1984.
- Drefus, H. y Rabinow, P. *Michael Foucault: Beyond structuralism and hermeneutics*. Chicago, University of Chicago Press, 1983 (segunda edición).
- Eisenstein, H. *Contemporary feminist thought*. Boston, G. K. Hall, 1983.
- Eisner, E. «The primacy of experience and the politics of method». *Educational Researcher*, 17 (5), 1988, pp. 15-20.
- Ellsworth, E. (1987) «The place of video in social change: At the edge of making sense». Trabajo sin publicar.
- «Why doesn't this feel empowering? Working through the repressive myths of critical pedagogy». *Harvard Educational Review*, en prensa.
- Fay, B. *Critical social science*. Ithaca, Cornell University Press, 1987.
- Fekete, J. (Ed.) *Life after postmodernism: Essays on values and culture*. New York, St. Martin's Press, 1987.
- Flax, J. «Postmodernism and gender relations in feminist theory». *Signs*, 12 (4), 1987, pp. 621-643.

- Finlay, M. «Technology as practice and (so) what about emancipatory interest?». *Canadian Journal of Political and Social Theory*, 11 (1-2), 1987, pp.198-214.
- Foucault, M. «The political function of the intelectual». *Radical Philosophy*, 17, 1977, pp.12-14.
- Fraser, N. «Struggle over needs: Outline of a socialist-feminist critical theory of late-capitalist political culture». Trabajo solicitado, Universidad de Wisconsin-Madison, 1989.
- Fraser, N. y Nicholson, L. «Social criticism without philosophy: An encounter between feminism and postmodernism», en A. Ross (Ed.), *Universal abandon: The politics of postmodernism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.
- Gasche, R. «Introduction». *Reading in interpretation: Holderlin, Hegel, Heidegger, Andrzej Warminsk*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.
- Giroux, H. «Border pedagogy in the age of postmodernism». *Journal of Education*, en prensa.
- Grossberg, L. «The in-difference of television, or mapping TV's popular economy». *Screen*, 28 (2), 1987, pp.28-47.
- «Rockin'with Reagan, or the mainstreaming of postmodernity». *Cultural Critique*, 10, 1988, pp. 123-149.
- Habermas, J. «Modernity versus postmodernity». *New German Critique*, 22, 1981, pp.3-14.
- Hall, S. «Signification, representation, ideology: Althusser and the poststructuralist debates». *Critical Studies in Mass Communication*, 2 (2), 1985, pp. 91-114.
- Haraway, D. «A manifesto for cyborgs: Science, technology, and social feminism in the 1980's». *Socialist Review*, 80, 1985, pp. 65-107.
- «Situated knowledges: The science question in feminism and the privilege of partial perspective». *Feminist Studies*, 14 (3), 1988, pp. 575-599.
- Harding, S. *Feminism and methodology: Social science issues*. Bloomington, Indiana University Press, 1986.
- Hartsock, N. «Rethinking modernism: Minority vs. majority theories». *Cultural Critique*, 7, 1987, pp. 187-206.
- Hassan, I. *The postmodern turn: Essays in postmodern theory and culture*. Columbus, Ohio State University Press, 1987.
- Haug, F. (Ed.) *Female sexualization*. Londres, Erica Carter (Trad.), 1987.
- Hutcheon, L. *A poetics of postmodernism: History, theory, fiction*. New York and London, Routledge, 1988.

- Huysan, A. «Introduction», en P. Sloterdijk, *Critique of cynical reasons*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.
- Irigay, L. *Speculum of the other woman*. Ithaca, Cornell University Press, Gillian Gill (Trad.), 1985.
- Jameson, F. «Postmodernism or the cultural logic of late capitalism». *New Left Review*, 146, 1984, pp. 53-65.
- Jauss, H. R. «The literary process of modernism: From Rousseau to Adorno». *Cultural Critique*, 11, 1988-1989, pp. 23-61.
- Jay, N. «Gender and dichotomy». *Feminist Studies*, 7 (1), 1981.
- Johnson, B. *A world of difference*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1987.
- Johnson, R. «What is cultural studies anyway?» *Social Text*, 16, 1986-1987, pp. 38-80.
- Kroker, A. «The disembodied eye: Ideology and power in the age of nihilism». *Canadian Journal of Political and Social Theory*, 7, (1-2), 1983, pp. 194-234.
- Kroker, A. y Cook, D. *The postmodern scene: Excremental culture and hyper-aesthetics*. New York, St. Martin's Press, 1986.
- Laclau, E. y Mouffe, Ch. *Hegemony and socialist strategy: Towards a radical democratic politics*. Theford, Norfolk, Winston Moore y Paul Cammack (Trad.), 1985.
- Lather, P. «Deconstruction/deconstructive inquiry: «The politics of knowing and being known». Trabajo presentado en la *Reunión Anual de la American Education Research Association*, San Francisco, 1989a.
- «Critical theory, curricular transformation and feminist mainstreaming». *Journal of Education*, 66 (1), 1984, pp.49-62.
 - «Patriarchy, capitalism and the nature of teacher work». *Teacher Education Quarterly*, 14 (2), 1987, pp. 25-38.
 - «Reinscribing otherwise: The play of values in the practices of the human sciences». Trabajo presentado en la *Conferencia sobre paradigmas de investigación alternativos*, San Francisco, Phi Delta Kappa International-Indiana University, 1989b.
- Lawson, H. *Reflexivity: The post-modern predicament*. La Salle, IL., Open Court, 1985.
- Lincoln, Y. y Guba, E. *Naturalistic inquiry*. Beverly Hills, Sage, 1985.
- Longino, H. «Science, objectivity and feminist values». *Feminist Studies*, 14 (3), 1988, pp. 561-574.

- Lyotard, J.-F. *The postmodern condition: A report on knowledge*. Minneapolis, University of Minnesota Press, G. Bennington y B. Massumi (Trad.), 1984.
- Marcus, G. E. y Fisher, M. *Anthropology as cultural critique: An experimental moment in the human sciences*. Chicago, University of Chicago Press, 1986.
- Martin, B. y Mohanty, Ch. T. «Feminist politics: What's home got to do with it?», en T. de Lauretis (Ed.), *Feminist studies/critical studies*, Bloomington, Indiana University Press, 1986.
- McClaren, P. «Schooling the postmodern body: Critical pedagogy and the politics of en fleshment». *Journal of Education*, en prensa.
- McLuhan, M. *The medium is the message*. New York, Random House, 1967.
- Merck, M. «Difference and its discontents». *Screen*, 28 (1), 1987, pp. 2-9.
- Morris, M. *The pirate's fiancée: Feminism, reading, postmodernism*. Londres, Verso, 1988.
- Naidus, B. «The artist/teacher as decoder and catalyst». *Radical Teacher*, 1987, pp. 17-20.
- Peshkin, A. «In search of subjectivity-one's own». *Educational Researcher*, 1988, pp.17-21.
- Phillips, D. C. *Philosophy, science and social inquiry: Contemporary methodological controversies in social science and related applied fields of research*. New York, Pergamon Press, 1987.
- Popkewitz, Th. *Paradigm and ideology in educational research: The social functions of the intellectual*. London and New York, Falmer Press, 1984.
- Pratt, M. B. «Identity: Skin Blood Heart», en E. Bulkin, M. B. Pratt y B. Smith, *Yours in struggle: Three feminist perspectives on anti-semitism and racism*, Brooklin, N.Y., Long Haul Press, 1984.
- Rajchman, J. *Michael Foucault: The freedom of philosophy*. New York, Columbia University Press, 1985.
- Said, E. «Representing the colonized: Anthropology's interlocutors». *Critical Inquiry*, 15, 1989, pp. 205-225.
- Sarup, M. *Marxism/structuralism/education: Theoretical developments in the sociology of education*. Londres, Falmer Press, 1983.
- Scott, J. «Critical tensions. Review of Teresa de Lauretis». *Feminist studies/critical studies. Women's Review of Books*, 5 (1), 1987, pp. 17-18.
- Sloterdijk, P. *Critique of cynical reason*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1987.
- Smith, P. *Discerning the subject*. Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.

- Solomon-Godeau, A. «Living with contradictions: Critical practices in the age of supply-side aesthetics», en A. Ross (Ed.) *Universal abandon: The politics of postmodernism*, Minneapolis, University of Minnesota Press, 1988.
- Spanos, W. *Repetitions: The postmodern occasion in literature and culture*. Baton Rouge, Louisiana State University Press, 1987.
- Spivak, G. *In other words: Essays in cultural politics*. New York, Methuen, 1987.
- Stephanson, A. «Regarding postmodernism: A conversation with Frederic Jameson». *Social Text*, 17, 1987, pp.29-54.
- Ulmer, G. *Applied grammatology: Post(e)-pedagogy from Jacques Derrida to Joseph Beuys*. Baltimore, Johns Hopkins University Press, 1985.
- Weedon, Ch. *Feminist practice and poststructuralist theory*. Oxford, Gran Bretaña, Basil Blackwell, 1987.
- Weinstein, J. «The postmodern mini». *The Village Voice*, 29-9-1987.
- Wexler, Ph. *Social analysis of education: After the new sociology*. New York, Routledge and Kegan Paul, 1987.
- Whitson, T. «The politics of «non-political» curriculum: Heteroglossia and the discourse of «choice» and «effectiveness», en W. Pinar (Ed.) *Contemporary Curriculum Discourses*, Scottsdale, AZ., Gorsuch Scarisbrick, 1988, pp. 279-330.

Originalmente publicado en *Educational Foundations*, 3 (3), 1989. Se traduce y reimprime con la autorización de la autora. Traductor: José Álvarez-Uría Rico.